

UN ERROR DE CONSECUENCIAS INCALCULABLES

Corría el año 1952, en las pantallas americanas se veía la película "Cantando bajo la lluvia", se inauguraba el acelerador de partículas de Saclay en Francia, en Estados Unidos se usaba la primera lente de contacto, nuevos desarrollos veían la luz en aeronáutica, automoción, ciencia... y en Evillard, una empresa de tornos se disponía a vivir lo que se convertiría en toda una revolución.



El Sr. Lechot ante una de las famosas P4, que ya no se utilizan en producción.

Las 24 máquinas Petermann P4 fabricaban ejes de volante para relojería. Ya en aquella época, la producción era importante y requería trabajar las 24 horas. Las máquinas se cargaban con barras, y en función de la longitud de las piezas, la autonomía no superaba las 8 horas. Por este motivo, la empresa Conrad contrató a una persona para cargar las máquinas todas las noches a las 22 horas.

Nada diferenció esa noche de las demás, las 24 máquinas producían como relojes, 22 se cargaban con un diámetro de 1,3 milímetros y las dos restantes con 1,4 milímetros. Como siempre, nuestro operario cargó las barras y por un motivo que aún se

desconoce, todas las máquinas fueron alimentadas con un diámetro de 1,4 mm.

Una décima que iba a cambiar el mundo

En las mismas fechas, Marilyn Monroe desafiaba a las crónicas con un calendario que la mostraba con muy poca ropa... pero eso es otra historia.

Erwin Lechot fue el primero en llegar aquella mañana y en ver el horrible suceso: 22 máquinas estaban paradas, los cañones estaban gripados, los restos de herramientas rotas en los tambores de recuperación de piezas... Tras el susto inicial y una vez restableci-

da la producción, Erwin Lechot no paraba de darle vueltas a varias ideas que rondaban por su cabeza, ¿por qué no evitar errores de ese tipo con un robot? Aún no se había rodado la película «Planeta prohibido» con su famoso robot (Robby), pero la modernidad ya estaba omnipresente.

De acuerdo con el Sr. Conrad, Erwin Lechot se puso manos a la obra, consiguió el material, tubos de latón, material pequeño... pero aún le faltaban elementos, en particular una cadena pequeña pero sólida. Finalmente la acabó encontrando en una tienda de juguetes. El famoso juego de mecano también le proporcionó la pequeña tornillería y otros pequeños elementos mecánicos.

Luego aparecieron los problemas de motorización, que debía poder detenerse y soportar el retroceso del cabezal sin calentarse. Por suerte, un fabricante local lo consiguió. Erwin Lechot estaba convencido de que su idea era viable, por lo que no paraba de probar soluciones y de trabajar con los elementos. La salida del retal era sin duda un auténtico rompecabezas, el motor no era lo suficientemente potente, hubo que montar varillas para multiplicar los movimientos... pero lo más duro para nuestro inventor fue el escepticismo de los demás torneros de la empresa, que creían que sus pruebas eran improductivas. Para poder trabajar tranquilamente en su proyecto, decidió hacer las pruebas por la noche. Después de las 22 horas, cuando no había nadie en las máquinas, Lechot y Conrad montaban sus dispositivos, noche tras noche, semana tras semana, mes tras mes.

La recompensa

Tras dos años de investigaciones y de desarrollo sin que se viera afectada la producción, la solución funcionó y el primer alimentador automático¹ de la historia vio la luz. Con ayuda de una empresa mecánica de la región, todo el taller Conrad se equipó y funcionó con este sistema. Un invento de este tipo merecía ser compartido. Conrad y Lechot lo ofrecie-

ron a Petermann SA, quien rehusó entrar en materia. «Y entonces llamamos a otra puerta» nos dice Erwin Lechot.

Era la época de los primeros pasos de la conquista espacial y para la visita de la dirección de Tornos, al cargador se le añadió una placa con el nombre «Sputnik». Un nombre magnífico para este inseparable compañero de las máquinas².

Tornos vio rápidamente el potencial de este invento y lo compró por 100.000 francos suizos y tres máquinas M7, un precio muy bueno para la época.

Unos meses más tarde, Tornos presentó este nuevo elemento auxiliar en la feria de Basilea. Apareció todo carenado, oculto... pero funcionaba.

Así fue como nació el alimentador automático que más tarde vivió el desarrollo que conocemos.

Sin este error de 1952, ¿qué habría sido del mundo de los tornos de hoy en día?

El virus de la mecánica y de la invención

Habríamos podido quedarnos aquí, pero la historia no ha terminado, porque Erwin Lechot, nuestro genial inventor, decidió fundar su propia empresa de tornos en 1965. 40 años más tarde sigue allí, con el brillo en los ojos cuando se habla de mecánica y cuando se evoca su jubilación, admite que sueña con ello. Confiesa que ya ha hecho 10 años de más.

En el capítulo de las lamentaciones de Erwin Lechot está el hecho de no haber podido guardar uno de estos prototipos. Habría ocupado un lugar destacado en el Museo del torno automático de Moutier.

¹ En aquella época se le llamó cargador

² Sputnik significa "compañero de viaje" en ruso.